

RESEÑA

De la neurofisiología a la retórica*

La Universidad del Sur de Carolina abre con este libro una colección editorial especializada en retórica y en comunicación. Ya en 1970, la misma universidad había reeditado *El mito de la metáfora*, de Colin Murray Turbayne (ed. esp.: Fondo de Cultura Económica, 1974), un libro cuyo enfoque dejaba atrás cualquier concepción desdeñosa de la retórica. ¿Qué sucedería si los modelos del conocimiento filosófico fueran metáforas? La retórica constituiría la verdad. La pregunta que plantea el libro de Richard B. Gregg da un paso más adelante. ¿Qué sucedería si toda forma de relación simbólica dirigida a la acción fuese retórica? Para responder a esta pregunta, el autor dota por primera vez a la retórica de un fundamento propiamente científico, y más exactamente neurofisiológico, en la búsqueda de los procedimientos cognitivos que constituyen al hombre cultural en tanto que naturalmente.

El Dr. Gregg es profesor en el área de comunicación y discurso (*Speech Communications*) en la universidad de Pennsylvania State. Según él la teoría retórica no debe enfrentar más la retórica con la filosofía: el problema no es de "verdades". Tampoco se trata de restringir la investigación retórica al reduto de los discursos: el asunto va más allá de la comunicación. Se trata más bien de elaborar un enlace entre las funciones cerebrales y los modos de saber. Fuertemente marcada por el empirismo y el behaviorismo, su teoría apunta a explicar de manera comprensiva cómo conoce el hombre, y nos advierte repetidamente: los procesos de simbolización no pueden ser sólo

* Richard B. Gregg, *Symbolic Inducement and Knowing: A Study in the Foundations of Rhetoric*, Columbia S.C., University of South Carolina Press, 1984, 164 pp.

fenómenos "simbólicos"; deben ser explicados también como fenómenos fisiológicos.

Su posición es atrevida pero firme. Para fundamentarla parte de un supuesto hoy heterodoxo: los sistemas simbólicos no son arbitrarios, su conformación corresponde a procesos del cerebro-mente (él acuña esta cúpula) bien delimitados. Gregg bordea el idealismo y se propone evitarlo: no cae en nociones de causalidad y determinismo; evita considerar el mundo de lo social como un producto que exprese lo mental. Si bien reconoce que la capacidad simbólica es innata en el cerebro-mente humano, entiende el comportamiento simbólico como interacción del hombre con su medio y sus semejantes.

Al igual que Berkeley —en cuyos ensayos sobre la visión se inspirara Colin Murray Turbayne para hablar de la metáfora en los modelos del conocimiento— Gregg intenta inferir algunos aspectos de la cognición partiendo del fenómeno visual. Conocedor al día de los avances de la investigación en fisiología visual, halla lejanos, si bien plausibles, puntos de contacto entre la percepción sensible de la luz y los objetos, y la ordenación y expresión de los discursos. Como Berkeley, va de la visión al lenguaje, al que por principio declina considerar como un sistema adecuado para la eficiente comunicación, y concluye que el "significado" y el "conocimiento" no son cuestiones específicas de lenguaje, que en el pensamiento existe lo no comunicable, y que el lenguaje fortalece más bien tendencias en contra de una exacta apreciación de lo fáctico.

Gregg sostiene que los sistemas humanos de significación, al igual que las discriminaciones visuales, se basan en principios de contraste, y añade: "Las ambigüedades y tensiones debidas a las relaciones entre el uno y lo otro dan coloración a nuestras vidas (. . .), esas ambigüedades son la invitación característica al comportamiento retórico." El juego, considerado como ritual de socialización, *incita* pautas de actitud que pueden ser estudiadas como formas simbólicas de naturaleza suasoria, y es ahí donde la interacción social se revela explícitamente como retórica. "Simbolizamos con la intención de afectar y hacer efecto en la simbolización de otros. Ellos, en respuesta, simbolizan con idéntica intención. La simbolización tiene la capacidad de sostener, modificar o alterar simbolizaciones posteriores, y por ende, las estructuras de las relaciones humanas. Simultáneamente somos seres simbólicos y sociales."

El inducimiento —que no inducción— simbólico (*symbolic inducement*) es sólo una de las funciones cognitivas que constituyen la actividad del cerebro-mente; esta función, explicable desde la fisiología (pensemos que para Gregg la *abstracción* es explicable a través de la fisiología neuronal), es en otro plano propiamente retórica. Son seis los principios que le dan existencia, principios derivables de una neurofisiología de la percepción: discriminación, ritmo, asociación, clasificación, abstracción y ordenamiento jerárquico.

¡Qué distante resulta en la perspectiva de esta teoría la "retórica restringida" que Gérard Genette desaprobaba! Hoy la retórica está viva en las discusiones sobre códigos civiles, estilos arquitectónicos, estructuras musicales, modelos matemáticos. . . Conceptos como "orden del discurso", "lugar común", "persuasión", pertenecientes entre muchísimos otros al *corpus* de la retórica antigua, son recapturados y a veces saqueados para dar remache a las más variadas teorías estéticas, antropológicas, psicológicas, "motivacionales". . .

En esta perspectiva, el mérito principal de la obra de Richard B. Gregg es que abandona ese "utilitarismo" de la retórica para conferirle, en cambio, sentido a su omni-utilidad. Más que constatar que sirve para explicar tantas cosas, Gregg se ha propuesto aclarar por qué la retórica provee de modelos de probada eficacia en tantos terrenos. Su respuesta se fundamenta en una de las investigaciones más complejas y fascinantes de los últimos tiempos en el terreno de lo simbólico: de la neurofisiología a la retórica, el hombre es un ser en tránsito de conocer.

JAIME MORENO VILLARREAL